
Todo Es Soplar

Silverio Lanza

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7315

Título: Todo Es Soplar

Autor: Silverio Lanza

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de diciembre de 2021

Fecha de modificación: 28 de diciembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Todo Es Soplar

Una tarde me hallaba en el otro mundo reunido con Ornar y Azor ben Azor, el bárbaro que se apoderó del territorio de los Kal Zetines, y fundó el imperio del Infundio, el que más importancia tiene actualmente en Africa, y á donde van los exploradores aficionados á perderse y á otros excesos.

Yo pasaba muchos ratos acompañándome con estos sujetos cuyas opiniones discrepaban bastante de las que tienen mis compatriotas aficionados á la política. Aquellos eran dos soberanos sin trampa ni cartón, y me aprovechaba de sus instintos democráticos para gozar de una conversación con aristócratas de tal fuste.

Ornar nos contaba á menudo las delicias que experimentó sabiendo que por su orden quemaba Amron la biblioteca de Alejandría.

Azor ben Azor, que era un bárbaro de otra especie, se lamentaba de la pérdida de aquellos 700.000 volúmenes.

—Los libros siempre sirven.

—Para nada —respondía Ornar—; ó son iguales al Korán ó contrarios á las verdaderas doctrinas.

—Un libro es la herencia que deja un hombre, y el que supiera todo lo que se ha escrito sería el dueño del mundo.

—Por la cantidad; como sería poderoso quien tuviese todos los pedernales.

—Es que un libro...

—Es siempre una necesidad. Para adquirir una idea nueva y hermosa es preciso leer muchos; total: que los libros son las cosas que hacen los hombres que, por su ineptitud ó por su debilidad, no encuentran placer en otras ocupaciones; después de todo, las dos terceras partes de lo que aprende el hombre ni le sirven para morir más tarde ni para vivir mejor.

—Más útiles son los libros que los perros, los caballos y las mujeres.

—¡Qué atrocidad!

—¿Para qué sirven tantos mamarrachos metidos en el harén?

—Para...

—Y para embrutecer al hombre, acostumbrándole al despotismo irracional de la materia.

—No diga usted tonterías.

—Pues me alabo de haber incendiado el serrallo del rey de los Kal Zetines.

—¡Qué lástima!

—Había cuatrocientas mujeres, y todas quedaron carbonizadas.

—¡Qué horror!

—Duró el fuego cinco días, porque el edificio era grande y fue preciso quemarlo por completo para que no se salvase ninguna de aquellas majaderías.

—¡Qué lástima de personal!

—Valía poco; sólo había una inglesa regularcita.

—¿Estaba flaca?

—En los huesos.

—¡Qué asco!

—La mejor, porque parecía un hombre.

—Si yo hubiera estado allí.

—Si yo hubiera estado en Alejandría.

—Es que los libros...

—Es que las hembras...

—¿Qué opina usted, señor Lanza?

—Que los dos han sido ustedes dignos de su tiempo.

—Y ahora seríamos lo mismo.

—Ahora no, porque se hacen otras barbaridades.

—Y usted, ¿cuáles ha hecho?

—Yo nada, ni bueno ni malo, porque he pasado todo mi tiempo gritando.

—Vaya una distracción.

—Grité el año 54, el 56 y el 60, después de la campaña en Africa; el 68, cuando se fueron los Borbones, y el 74 cuando volvieron.

—¿Y nada más?

—Ha sido la mayor emoción de mi vida.

—Si hubiera usted vivido con nosotros.

—¿Qué hubiera usted hecho, Sr. Lanza?

—Figúrese usted en el incendio de la biblioteca.

—O cuando se abrasaban las cuatrocientas mujeres.

—¿Qué hubiera usted hecho?

—Pues hubiera soplado, porque los hombres de mi época sólo sirven para echar aire.

Silverio Lanza



Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa (Madrid, 1856-Getafe, 1912), más conocido por su seudónimo Silverio Lanza, fue un escritor español.

Hijo de una familia acaudalada, ingresó en la Marina, abandonando muy pronto su profesión para dedicarse a la actividad de escritor, mientras realizaba frecuentes viajes a Madrid para ver a su familia y amigos.

Asistió a la tertulia literaria del Café Madrid, a homenajes y conferencias, al Palacio de la Bolsa y viajaba a Barcelona, Valencia y a sus posesiones agrícolas en Bujalance. Criticó el caciquismo en "Ni en la vida ni en la muerte" y fue procesado. Para Rubén Darío fue «un cuentista muy original», con Segundo Serrano Poncela considerándolo años más tarde «un raro». Residió en Getafe desde 1887 hasta su muerte. Falleció el 30 de abril de 1912 en su domicilio getafense.

Su primera obra, "El año triste" (1880), originó un gran impacto en el ambiente literario y fue considerada como una de las publicaciones más importantes de ese año. Poseedor de un estilo muy moderno, de un insólito sentido del humor y de gran agudeza crítica, cultivó la novela naturalista en "Mala cuna y mala fosa" (1883), "Ni en la vida ni en la muerte" (1890), "Artuña" (1893) y "La rendición de Santiago" (1907). Otros títulos incluyen "Cuentecitos sin importancia" (1888), "Cuentos políticos" (1890), la novela autobiográfica "Desde la quilla hasta el tope" (1891) y "Antropocultura". Quizá sea esta última la obra más importante de su producción y en la que mejor reflejó su pensamiento.

Sus obras suscitaron la admiración de los jóvenes escritores de la generación del 98, como Baroja, Azorín, Maeztu y, sobre todo, de Ramón Gómez de la Serna, quien editó sus obras en 1918. Como gesto de agradecimiento a los autores que le admiraban, escribió "Cuentos para mis amigos" (1892), relato corto que destaca por su comicidad.